

Últimos pensamientos

Mi familia, primas y primos, sobrinas y sobrinos, y tal vez algunos amigos se sorprenderán al ver que la animación de esta reunión de despedida no ha sido confiada a un ministro de la iglesia protestante con la que Marg y yo siempre nos hemos mantenido vinculados formalmente. Y es que este vínculo formal ya no reflejaba, y esto desde hace muchos años, una participación activa en la Iglesia a nivel parroquial, y hubiera sido preciso que mi familia solicitase este servicio a un pastor con el que no habría tenido ningún contacto personal.

Esto no debe, sin embargo, dejar ningún malestar o ambigüedad en las mentes de aquellas personas que me han sido muy queridas, y querría aclarar mis pensamientos dirigiendo estas palabras, escritas hace mucho tiempo ya, a los que quieran acompañarme en este último encuentro.

Uno llega a ser lo que la vida hace de uno, y mi fe sin duda se ha visto profundamente afectada por la experiencia vivida intensamente, de un mundo extremadamente diverso, cuyo esplendor reviste las formas más variadas y en el que el ser humano conoce, en las circunstancias que le son propias, los más diversos destinos. Esta visión del mundo nunca ha quebrantado mi fe en la existencia de Dios, vivida activamente en mi juventud, y puedo dar testimonio de su bondad en la vida que me ha sido dada. La revelación de nuestro conocimiento común del Centro Evangélico de Vennes, durante una de nuestras primeras conversaciones en 1943 con Marg recién conocida, pudo haber sido para mí la expresión más manifiesta de esta bondad que ha marcado toda mi existencia.

El interés que he llevado al mundo, que he tenido el privilegio de descubrir por mi profesión, su presente y su pasado, sin embargo, me ha hecho tomar plenamente conciencia de las devastaciones y sufrimientos que la afirmación de la fe ha suscitado demasiadas veces, los prejuicios que alimentan la violencia que se ejerce en su nombre. Esto se tradujo en mí en la convicción profunda de que la afirmación de tener la verdadera fe, y ser el único que poseerla, no puede de ninguna manera representar el plan de Dios para ningún ser humano. Los caminos de Dios son diversos e insondables, y quiero creer que se ha revelado al hombre en diversas formas que todas deben ser respetadas con tolerancia sin que la fe personal de cada uno se debilite.

Es esta visión de la fe la que me hizo desear desde hace muchos años compartir una referencia bibliográfica con los que me acompañarían en una despedida final. *El Libro del Zafiro*, de Gilbert Sinoué, novela de fantasía cuya acción se desarrolla en la España medieval, cuenta la historia de tres personas que buscan la verdad divina suprema contenida en un zafiro oculto en las profundidades de un castillo.

Como resultado de circunstancias que no vienen al caso aquí, Samuel Esdras el judío, Ibn Sarrag el musulmán y Rafael Vargas el cristiano están estrechamente asociados en esta búsqueda, cada uno seguro de sí mismo y profundamente convencido de que el zafiro revelará que la suya es la verdadera fe. Cargada de cabalística, la historia es larga y a veces un poco aburrida, pero el final es deslumbrante. Cuando, tras más de cuatrocientas páginas de

aventuras, los tres hombres se encuentran frente al zafiro, la piedra refulge y brilla con letras de oro. Los tres hombres se turnan para leer un texto del que transcribo aquí solo las primeras líneas. Adelantándose, Esdras el judío lee: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Bendeciré a los que te bendigan ...". Entonces Sarrag el musulmán escéptico y conmocionado, lee en el zafiro, "He aquí el Corán ! No contiene ninguna duda. Es una guía para aquellos que temen a Allah, los que creen en el misterio ...". Vargas el cristiano, incrédulo, se acerca y el zafiro refulge por tercera vez: "En verdad, en verdad, les digo: Yo soy la puerta. El que cree en mí, no es en mí en quien cree, sino en aquel que me envió ...". En un mensaje final, el zafiro vira gradualmente del azul al rojo, hasta que prevalece este último color y todo ofrece sólo la apariencia de una mancha de sangre aterradora. Sin necesidad de intercambiar una sola palabra, los tres hombres saben que la misma visión acaba de traspasar sus almas, y que esta visión lleva consigo todo el absurdo, toda la locura, toda la intolerancia y todo el orgullo de los hombres. Por último, la piedra retoma su apariencia primera, flota un momento en el aire y de repente se convierte en polvo.

Una historia hermosa y un hermoso mensaje que yo quería tener el privilegio de compartir con ustedes. Que Dios bendiga cada una y cada uno de vosotros!

(Paul Berthoud, octubre 2005. Este texto estaba en un sobre para ser leído en la reunión de despedida. Paul también seleccionó para ser escuchado: de Schubert el trío en si bemol para piano, y de Scriabine, el segundo movimiento del concierto para piano, andante.)

Homenaje a Paul Berthoud

Como lo han podido ver, Paul se formó en sólidos valores cristianos en su familia y en las juventudes protestantes. Joven disciplinado, Paul dedicaba sus vacaciones de verano a ayudar a la familia de su madre, agricultores del Oberland bernés, pasando jornadas agotadoras haciendo heno en las laderas ingratas de la granja familiar. Sus raros tiempos de ocio los dedicaba al violonchelo y a la bicicleta: cruzó con su bici sin desviador la mayor parte de los puertos de Suiza en varias ocasiones. Estos puertos no estaban pavimentados por aquel entonces, y sin duda aprendió durante estos largos paseos, a caer sin hacerse demasiado daño, lo que le resultó muy útil cuando, mucho más tarde, el Parkinson invadió y demolió artera y sistemáticamente su cuerpo macizo y sólido.

Paul era de esta generación que fue privada de una juventud despreocupada por las amenazas de una guerra real. Primero estalló la guerra civil española en 1936, él era entonces demasiado joven para irse con las brigadas internacionales, y luego vino la segunda guerra mundial que no evitó a Suiza múltiples privaciones. Después de este túnel sin fin de horrores nazis, la esperanza finalmente surgió con la victoria soviética en Stalingrado en 1943.

Este año, también, a los 21 años, decidió unir su vida a Marg y dedicarse al servicio de la comunidad internacional, antes que a la política local en los partidos de izquierda, por entonces prohibidos.

Paul había heredado de su padre un fuerte sentido del servicio público, y adoptó como valores fundamentales para el resto de su vida la Paz y la Justicia. Doctor en derecho, aprovechó la oportunidad en 1951 para ir a Nueva York, con Marg y Daniel, que tenía seis meses. Entró al servicio de este gran proyecto universal de las Naciones Unidas que tenía que poner fin a las guerras y las injusticias. Poco después nació Oliver también en Nueva York y luego fue concebida Marianne.

En Nueva York, en el Líbano, en Palestina, en Chile, en Kenia y en Venezuela, donde vivió con Marg, amplió su enfoque jurídico a los campos sociales, económicos y medioambientales. Se forjó una visión personal del desarrollo, que compartió con innumerables colegas, diplomáticos y la gente común que encontraba. Desarrolló una calidad de escucha excepcional, así como una capacidad de negociación y de convicción fuera de lo común. Hemos oído muchas veces a colegas suyos decir que tenía "un puño de hierro en guante de terciopelo".

De vuelta a Ginebra en 1965, a petición de Raúl Prebisch, se unió con entusiasmo al gran proyecto de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, y rápidamente tejió una amplia red de simpatías y complicidades con los países no-alineados. Se apasionó por la causa palestina, indignado como jurista que era, de la burla sistemática e impune del derecho internacional, en el que creía tanto.

Después de jubilarse a los 61 años y durante casi 25 años, Paul ha estado muy involucrado en la enseñanza, una de sus grandes pasiones, y realizó felizmente muchas misiones, lo que le permitió transmitir su visión y experiencia a jóvenes en Asia, África y América Latina, con un profundo deseo de formar un relevo.

Paul se interesaba por todo el mundo, le gustaba compartir con calidez y prestar atención, tanto al chofer en Beirut, al presidente de Tanzania o a la agricultora de Nicaragua; para él, éramos verdaderamente todos iguales, a diario y en todas partes.

Era decidido sin ser agresivo, apasionado pero nunca ciego. Tenía un interés real y entero para las pequeñas y grandes cosas de la vida.

Paul no se alegró cuando por su 75 cumpleaños, sus dos hijos le arrojaron su primera computadora sobre el escritorio. Después de un momento de vacilación, empezó con determinación a domar a la bestia. De este modo fue capaz de escribir textos bellos e importantes, y mantener contacto por correo electrónico, entre otros con sus dos hijos, que vivían entonces en otros continentes.

La vida tan hermosa Paul no habría sido posible sin Marg, su esposa, Paul siempre lo repetía. En las últimas semanas, cuando Paul ya no podía hablar y Marg ya no podía entenderlo, se hablaban largamente con los ojos.

Desde siempre, Paul decía que Marg era el Ministerio del Interior y el Ministerio de Relaciones Exteriores de la familia. Podríamos añadir: el Ministerio de Salud, el Ministerio de Finanzas y una parte del Ministerio de Educación. Como la familia no estaba en guerra, no teníamos Ministerio de Defensa, ya ven lo que le quedaba a Paul!

Paul ciertamente pasaba mucho tiempo en el trabajo, pero quería fuertemente y con mucha ternura a su familia, y estaba muy presente para su esposa y sus hijos cuando regresaba del trabajo: salidas en familia los fines de semana en los maravillosos países en que hemos vivido, debates políticos y filosóficos interminables, correcciones de escritos de estudiantes o profesionales de sus hijos. También estuvo muy cercano y cariñoso a su familia política y a sus nietos, Alain, Naya y Sofía.

Paul encontró con Marg un lugar de paz donde podían reponer fuerzas juntos: en Chambeaufond, se convirtió en electricista, jardinero, leñador, carpintero y chofer de tractor. Le encantaba la melodía apacible y continúa del río y del riachuelo, así como las noches frescas ante la casa. Le encantaba recibir con Marg, a familia, amigos y colegas.

La música era una parte integral de su vida, primero el violonchelo, luego la asistencia a numerosos conciertos, y finalmente su gran colección de discos de vinilos, de CD y finalmente de MP3.

En su último puesto en Venezuela a principios de 1980, Paul se entusiasmó con el proyecto emergente de José Antonio Abreu, El Sistema, apoyado por las Naciones Unidas, que consistía en formar orquestas de música clásica, con jóvenes de los barrios marginales.

Paul compartía el pensamiento del maestro Abreu quien dijo que "la música debe ser reconocida como un agente de desarrollo social en el sentido más noble, ya que transmite los valores más altos - la solidaridad, la armonía, y la compasión mutua. La música tiene la capacidad de unir a toda una comunidad y expresar sentimientos sublimes".

Animado por una fe cristiana vivida mas allá de las iglesias, Paul ha dedicado su vida a la construcción de la Paz y el advenimiento de la Justicia. Paul era un hombre justo, un hombre bueno, y forma parte de esta larga cadena interminable y anónima de los hombres honestos que dan sentido a nuestras vidas.

(Paul Berthoud murió el 3 de septiembre de 2013. Este texto, escrito por su esposa y sus hijos, se leyó en el recogimiento en su memoria el 9 de septiembre de 2013. Para concluir el homenaje, hemos escogido el Danzón, de Arturo Márquez, interpretado por los jóvenes de El Sistema, orquesta juvenil de Venezuela Simón Bolívar, dirigido por Gustavo Dudamel).